





# EL JAICHIGUA

Cuentos de la  
Sierra  
Ecuatoriana



POR

ENRIQUE · DAVILA · JIJON ·

EDITORIAL EBAN

*Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"*

# EDITORIAL E B A N

EDICIONES BREVES DE AUTORES NACIONALES

DIRECTOR: Alfonso García Muñoz

Apartado 483

Quito-Ecuador, S. A.

---

## Obras Publicadas:

- «Moderno Amor»—Alfonso García Muñoz
- «Los Poemas del Dolor»—Félix Valencia
- «El Jáichigua»—Enrique Dávila Jijón

## Aparecerán próximamente:

- «Minuto Muerto»—Gerardo Chiriboga
- «Glosario de Amiel»—Juan Pablo Muñoz Sáenz
- «Personaje de Leyenda sin quererlo»—Enrique Avellán Ferrés
- «Las Linternas de los Autos»—Humberto Salvador
- «Oasis»—Ricardo Alvarez
- «La Alcoba de los Extasis»—Carlos H. Endara
- «Legitimidad»—Jorge Icaza
- «Fracasos» (Memorias de un enamorado) Alfonso García Muñoz

BIBLIOTECA NACIONAL

L. 105 Cis. & No. 2.

A-1 E-14

Quito-Ecuador

# EL JAICHIGUA

## Obras del mismo Autor:

Rocío (Novela corta)

Motivos Campesinos (Versos)

Lo Imposible (Cuentos)

Saetas de Luz (Versos)

Por los Caminos (Poemas en prosa)

Por Bolivia (Estudio de Derecho Internacional)

El Principio del Incendio (Estudio de Derecho Internacional)

El Jáichigua (Cuentos de la Sierra ecuatoriana)

860-3(866) Davila

D259 p

ENRIQUE DAVILA JIJON

# EL JAICHIGUA

(Cuentos de la sierra ecuatoriana)

7512 - J.

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - Primera Edición	
COLECCION GENERAL	
N. 16565	AÑO 2004
PRECIO.....	DONACION.....

Ediciones Breves de  
Autores Nacionales

Apdo. 483

Quito - Ecuador

1933

---

---

**ES PROPIEDAD**

**1933**

---

---

---

**TIP. L. I. FERNANDEZ. QUITO.**

## EL JAICHIGUA

Historia verídica y triste de un campesino que quiso tocar el cielo con las manos.

Están cortando en la loma del «Calvario». La loma enterita. Treinta fanegas de trigo hizo sembrar el patrón Leopoldo. Daba gusto ver los oleajes como en un mar de oro. Ahora las espigas caen abatidas bajo los dientes implacables de la hoz.

De lejos se vé bonito: la peonada desparrramada en el campo entre las gavillas. Son hasta veinte entre mujeres y hombres. De la hacienda unos, racioneros otros.

El patrón Leopoldo es generoso. A la sombra de los chilcos, la María y la Consuelo ponen leña en el fogón, preparando el almuerzo. El morocho blanco canta en la malta grande. Un barril de chicha muestra su hocico de cacho recortado, entre el rastrojo.

Bajo el sol ardiente, bajo el cielo azul, azul como no hay otro, de la serranía, la tris-

40-59591

teza melodiosa del jáichigua sube en espirales, como una ingenua oración.

La voz del tonto, áspera, gangosa, cortante, se destaca más que ninguna. Por eso le dicen el Jáichigua.

Dos pasiones conocidas tenía el tonto: cantar el jaichigua en las cosechas y acariciar la suave piel de su llamingo negro.

Centavo a centavo, medio a medio, fue guardando en el fondo del horno abandonado, hasta reunir la cantidad necesaria para comprarlo. Encantaba verle correr, chiquitito, en el potrero, tras la madre, los ojitos inquietos, gracioso el pescuezo largo. Le costó diez sueres y aún así le salió barato. ¡Diez sueres! ¡Cuánto tiempo, cuántos trabajos tuvo que pasar para reunir diez sueres!

\* \* \*

El Jáichigua servía en la hacienda a los patrones. Ponía el agua. Barría el patio y los corredores. Rajaba la leña, refunfuñando, secándose el sudor con las mangas de la camisa.

Hoseo en extremo no se reía nunca. A todos contestaba con monosílabos agrios. A todos nó. El señor Leopoldo, el patrón, tenía una hija, una linda hija de melena rubia y de ojos azules. La llamaban con un nombre raro. La llamaban Gladys. El no podía nombrarle, claro, pero ni qué falta hacía. Para élla tocaba las

tardes el rondador, por élla dejaba su ceño agusto y se reía con toda la cara. Acordándose de élla, cuando cantaba el jáichigua, en su voz había un no sé qué de amargo.

Lo que con nadie hubiera hecho, una mañana trajo él mismo a su llamingo negro porque la amita le dijo que deseaba montar en él. El llamingo se fue alegre, con pasito menudo por el sendero bordado de flores amarillas, entre la algarabía de toda la familia.

¡Qué bonita la amita con su bata de vuelta japonesa, al aire un poquito de su carne blanca, entre la liga y los encajes de la combinación!

El Jáichigua reía, también, con su risa enorme....

\* \* \*

Rápidamente circuló la noticia. La niña Gladys se había casado en la ciudad y venía a la hacienda en viaje de bodas.

Se abrió el armario viejo. Salió a relucir la plata oxidada de las bandejas y de los tenedores. Las copas diáfanas esperaban el champán.

La María, la Consuelo, a las órdenes de la ña Julia, la mayordoma, no se daban resuello preparando la alcoba de los novios.

Todos le querían a la amita Gladys, por eso todos trabajaban con gusto. Todos nó. Ahí está el Jáichigua más huraño, más rezongador que nunca, fregando con un cáñamo los pisos.

Daba miedo verle con la cabellera fantasmal y un rictus macabro en el rostro curtido y cetrino.

\* \* \*

Pasó la fiesta como pasa una ráfaga perfumada y acariciadora. Paz sobre las cuerdas de los violines muertos en el estertor de la última nota epitalámica. Estrellas clavadas en el cielo inmenso.

Bajo la ventana de la alcoba de los novios, el Jáichigua se entretiene sacando ritmos de su rondador de carrizos. Mientras la amita conoce de los misterios insondables del amor, él desgrana notas llorosas, como si desgranara, hecho pedazos, su propio corazón ¡El Jáichigua, filósofo rústico, supo inundar de música el grito supremo y único de la iniciación!

Tocó hasta el amanecer. Hasta el instante en que la luz auroral vence a la sombra y sólo entonces, rompió con las manos crispadas, como garras, los tubos de carrizo del viejo rondador. Ató al llamingo negro y se fue con él por el sendero, a perderse en la penumbra del frío amanecer. El llamingo iba paso a paso, con el largo cuello erguido, en muda interrogación.

Nadie ha vuelto a ver al Jáichigua. Nadie sabe nada de él.

Esta es la historia verídica y triste de un campesino que quiso tocar el cielo con las manos.

## HA MUERTO UN VAGABUNDO

Gangosa la voz sonó a la puerta de la casa.  
—¿Tienen bateas para componer?

Salió la Petrona secándose la frente con el rebozo malva.

Ahí estaba Sanroqueño Liberal, adosado al umbral, con su nariz roja de borracho y su muleta de cojo.

—Una hay. Elé.

El crepúsculo violeta pintaba la vieja carretera que un día hizo construir don Gabriel García Moreno. Apenas se divisaban las últimas recuas que corrían hostigadas por el grito del mayoral.

—Mula, mulaaa...!

En las agujas de los pencos meditabundos murmuraba el viento.

—Dos y medio, vale.

—Ay no sé, ño Sebastián! Real y medio daré.

—Hum, hum.... Al fin....

Resignado, triste, el cojo se sentó en el corredor de piedras menuditas.

La Petroná le alumbró con el candil.

Cosa rara.

Ya las sombras invadían la tierra. Un pico de luna, medrosamente, trataba de salir de entre un grupo de nubes y Sanrroqueño Liberal, el trotocaminos sempiterno, el de las diarias chumas formidables, no había bebido, una copa todavía.

De los labios de la Petrona surgió la pregunta:

—¿No habido aura puro, ño Sebastián?

—Hum, hum....

\* \* \*

Tan, tan....cantaba el breve martillo sobre la batea rota por el sol. En la pared se dibujaba la nariz aguileña y encorvada de Sanrroqueño Liberal y la sombra tenía algo de alucinante. Todos, de chicos, vimos dibujos así en los terroríficos cuentos de brujas y gigantes.

Sanrroqueño Liberal no estaba borracho. Trabajaba paciente, concienzudamente, en la hora crepuscular, en su hora, cuando ebrio de alcohol y sentimiento, hacía desviar a las mulas asustadas con sus gritos estentóreos y sus sollozos, arrancando a los arrieros rotundas interjecciones:

—¡Borracho, bestia....!

Tan, tan ...trabajaba ño Sebastián y la Petrona le miraba con ojos asombrados.

—Ya no voy a beber. Quiero reformarme. Desearía un hogar. Estoy cansado de andar. Me duele el corazón, pudiera morirme en el camino, como se mueren los perros ....

—Qué ha de morir ño Sebastián ...

Triunfó la noche, la noche de luna plena.

Aullido de perros lejanos. En la carretera blanca se retrataban las agujas de los pencos.

De cuando en cuando, Sanroqueño Liberal se detenía para dejar paso a la ráfaga violenta del automóvil burgués.

La carretera no quiso dejarle ir. Había sido su amante quién sabe cuántos años. Dormiría su sueño postrero en su regazo abierto a todos los tragines.

—Duerma aquí, ño Sebastián, le había dicho la Petrona.

—Hum, hum....

Y se fue sin aceptar la invitación.

¡Lè era tan dulce dormir en la cuneta, bajo la sombra amable de los pencos!

Fue a las dos de la mañana, fue a las tres ....Pero fueron los primeros caminantes que no escucharon sus ronquidos que les era familiar y se acercaron y le movieron. Estaba muerto.



Surgió la oración fúnebre:  
—Tenía que acabar así. Era tan borracho el pobre!

Esa noche, para irse con la muerte, no había querido beber.....

\* \* \*

Usted que contó la vida de este vagabundo, cuente también su final, me dijo el Teniente Político, mientras le brindaba un cigarrillo a la puerta de su despacho, cuando le pregunté por él.

Y yo he escrito este final con cariño respetuoso, mientras he creído oír todavía su voz:

«¡Cáspita, la suerte perra. En veinte guerras he peleado. Debí haber sido General!»

«Tome un purito, patrón...»

## LA TRAGEDIA DEL SEÑOR RAFEL

Coronel Carlos Flores Guerra, ahora, que Ud. ya no es Ministro, permítame que le dedique este cuento criollo.

Noche de tormenta horriblemente negra. Se abatían las mieses, sollozaban las hojas. El estampido del rayo, continuo, tenaz, ponía una inquietud en el corazón.

El brujo había llegado esa tarde, casi al crepúsculo, con su báculo nudoso y su saco repleto de remedios y conjuros.

—Cuando no había de llover, taita; llegando él cuando no había de llover.

En el cuartucho pintado con cal, sobre la estera, trabajaba canastos la familia.

Pedro, el mayor, cortaba los carrizos hasta convertirlos en tiras delgadas y flexibles, el taita y los pequeños tejían a la luz parpadeante del candil.

—Donde el Daniel llegó, taita, Yo le vide con la argolla en la nariz y las plumas en la cabeza. Al año cabalito ha vuelto. ¿Se acuerda su mercé, taita?

—No me hagáis acordar, hijo, la pobre Sebastiana.....

—¿Para qué habrá venido por aquí otra vez, taita?

En el ambiente parecía flotar la trágica historia de la Sebastiana.

Hace un año «justito», le vieron al brujo por primera vez. Iba de casa en casa curando todas las enfermedades con el simple procedimiento de chupar la parte dolorida y extraer, de ella, con sus artes de brujo, sapos, culebras y otros bichos repugnantes. También vendía conjuros para el mal tiempo y filtros para los males de amor...

—El Juan Manuel le quería a la Sebastiana, pero no era correspondido. Al brujo le pagó un pavo el Juan Manuel y dos sucres en plata. ¡Taita mío para qué mas! La Sebastiana se iba secando, secando, hasta que una tarde se murió. El Juan Manuel se hizo soldado y se fue....De esto un año cabalito.....

Los chicos abrían los ojos asustados. A Pedro, el mayor, le pasó una ráfaga escalofriante por la columna vertebral.

En la obscuridad de la noche bramaba la tempestad.

\* \* \*

Apoyado en la chonta, con su saco de remedios y conjuros y su pintoresca corona de plumas, el brujo se dirigió a la casa de la Pastora.

Con los rayos del sol, de la tierra salía un vaho tibio. Sobre el suelo, rojos, blancos, geranios despetalados por la tempestad de la noche anterior.

—Santos y buenos días dijo el brujo con voz cavernosa, mientras le temblaba la gran argolla pendiente de la nariz.

La Pastora molía el morocho blanco. No lejos de ella, en el patio, Pedro arreglaba los aparejos de los burros para llevar los canastos a la feria.

—Santos y buenos días.

Los dos le miraron a la vez y los dos sintieron un estremecimiento.

—Mamita no está aquí, señor Rafel, se fue por el agua a la toma.

En los ojos de la Pastora se retrataba el miedo.

El Pedro intervino.

—Además, señor Rafel, nadie está enfermo aquí ni se ha perdido nada.

Imperturbable dijo el brujo dirigiéndose a la Pastora:

—Obra de misericordia es dar posada al

perégrino. Le esperaré a tu mama aquí, sentado en este poyo.

Al Pedro le temblaban las manos. El run-run soñoliento de la piedra de moler se mezcló con un rebuzno prolongado que venía del camino.

—Vendé el pavo, Pastora.

—No vendo, señor Rafel. Le estoy engordando para cuando me case.

—Hasta cuando te cases, ya podís engordar otro. Este vendeme no mas a mí.

—No puedo, señor Rafel.

—Pastora, vé. Es malo no darme gusto a mí, ya sabís que yo .....

No pudo concluir; ante él estaba el Pedro, llameantes los ojos, crispadas las manos por la furia.

—Váyase de aquí, señor Rafel, váyase de de aquí.....

—Bueno, me iré, no hay para qué gritar. Ya me voy.

Cogió un báculo nudoso y su saco repleto de remedios y conjuros. En la puerta se regresó a mirarlos. Levantó la mano izquierda e hizo algunos signos en el aire.

—Pedro no debiste hacer eso. Era mejor no hacer eso .....

Y con los ojos arrasados en lágrimas, la Pastora, estrechaba a su novio entre los brazos..

—Con él es mejor no ponerse....  
Lejos, en la curva del camino, se oía al  
brujo reír.....

\* \* \*

Sol pleno, implacable, sobre los campos de la sierra, Culebrea el camino, en el barranco, entre el ruido del río. Ya se va el brujo con rumbo desconocido, satisfecho del éxito de la jornada: algunos sueres en el bolsillo y muchas gallinas y huevos en la bolsa de los remedios y conjuros. Monologando. A veces se detiene, hace cuentas con los dedos, se sonríe y prosigue.....El brujo se siente feliz.

Del chaquiñán saltó al camino un hombre.

—Por Dios, señor Rafel. Yo no quise hacerle nada. Me puse colérico cierto es, pero nada más. Que no le pase nada a mi Pastora, señor Rafel.....Le daré el pavo, señor Rafel, pero deme la contra .....

—Vos tenís la culpa. Ya no hay remedio. El que me hace a mí, me paga.....

—Pero señor Rafel.....

Y le extendía las manos suplicantes, dilatados los ojos, cubierta la frente de sudor .....

Sin dejar de andar, ya lejos, le contestó el brujo, con sonrisa cruel:

—Ya no hay remedio, ya no hay remedio....

Por la mente de Pedro pasó, como una ráfaga, la trágica historia de la Sebastiana: «La

pobre Sebastiana se iba secando, secando . . . . »

No esperó más. Se fue hasta él en carrera desenfrenada, rojo de ira y de dolor.

Fue un golpe mortal. Una horrible bofetada en pleno rostro. Sólo el eco de un grito apagado por la eterna carcajada del río y la corona de plumas estrujada al borde del abismo, como el ala de un pájaro multicolor . . . . .

\* \* \*

¿No leyó, Ud., señor, en los periódicos, cómo un pobre hombre de la ciudad que se ganaba la vida por los caminos ejerciendo la profesión de brujo, fue encontrado muerto, flotando en las aguas del San Pedro?

## LA MALA SOMBRA

Desde el cerro cae, rodando, un viento huracanado haciendo estremecer los arbustos desolados y chocar, unos con otros, los pedruzcos innumerables de que está sembrado el cangagual.

Cercas de pencos grises dividen las parcelas tendidas en la ladera, parcelas donde apenas pueden vivir anémicas matas de habas y espigas pobres de grano. Culebrando con dificultad sube el caminejo, como una estría enorme sobre la giba del monte.

Al paso lento de su chugo entero, con zamarros de chivo y roncadoras va aterrido de frío taita Juan, el mayordomo. Entre los dedos sarmentosos y curtidos por la faena ruda humea un pucho de cigarrillo amarillento. Cae ceniza de vez en cuando, un poquito de ceniza gris sobre la huasca arrollada bajo el pellón de lana negra. Desde arriba, desde el cerro, rueda el viento huracanado levantando las hojas.

\* \* \*

—No le hagáis caso Rosario, vé. Ño Pedro me ofreció para el año entrante hacerme mayordomo del «Corazón». Nos iremos allá. Viviremos felices. Cierto que yo no estuve en la ciudad ni aprendí en los libros. Pero eso no importa, vé Rosario. Yo te he de querer más que él. Fijate bien y haceme caso a mí.

En la puerta de la casita blanca, bajo el tenue velo de niebla, sonaba cantarina la risa de la Rosario.

Del corral vecino salía, lentamente, camino del potrero, la vacada.

—Vaca, vacaaa .....

En el aire el silbo de los peones se mezclaba con el chasquido estrepitoso del acial.

—Le viste al Julio?

—Allá está conversando con la Rosario.

—Le ha enchamicado al pobre.

—Ayer le vide yo abrazada del señor Manuel.

Lentamente salía del corral la vacada y entre los mugidos se oyó claramente la voz de un peón:

—Para qué habrá mujeres, ca ..... ramba!

El pobre Julio lloraba, la cabeza entre las manos, sollozando como lloran los niños.

*Impresión*

\* \* \*

—No llores, Julio. Vé. Mujeres no más siempre hay bastantes. Te daré plata para que te vayas a Quito.

—No, taita, ya no. Cuando era guambra debió mandarme, para aprender en los libros, para estudiar, como el hijo de don José. Aura para qué taita. La Rosario se enamoró de él porque es estudiado, porque estuvo en el Seminario, porque sabe decir cosas bonitas que hay en los libros, porque hasta le han hecho Teniente Político.

A los ojos de taita Juan, el mayordomo, medrosamente, se asomó una lágrima.

¡No podía menos. Muerta su Feliciano sólo le quedaba este hijo!

—Mañana se casa, taita. Todos saben. La chicha está ya madura y la ropa hecha.

—No se ha de casar, Julio, no se ha de casar .....

— Qué sabe Ud., taita!

Me he de matar. Sin la Rosario no puedo vivir. Por qué no me hizo aprender en la ciudad, taita.....!

En tanto, afuera, el viento hacía chocar, unas con otras, las piedras innumerables de que está sembrado el cangagal.

\* \* \*

Taita Juan se fue temprano. Ensilló el chugo entero, se puso los zamarros. Ya montado, cuando encendió un cigarrillo, le temblaron las manos. Al sentir las roncadoras en las ijadas, los herrajes del chugo entero hicieron brotar chispas del patio.

Taita Juan iba sombrío. Al Julio todavía se le oía sollozar.

Regresó ya bien entrada la noche, la cabeza entre los hombros. Más viejo que nunca, oliendo a alcohol. El chugo con las orejas gachas.

Al verlo entrar, el Julio levantó la cabeza.

—Hijo, ya te decía yo. Creime a mí. No se ha de casar!

Y le abrazó, le abrazó con un abrazo sofocante, brutal.

Juntas las caras, un solo hilo de lágrimas salía de dos ojos.

\* \* \*

—Le han matado al Teniente Político. El Melchor le encontró tendido en el camino, cuando iba por las vacas, con la cabeza ensangrentada.

—Cómo estará llorando la Rosario!

El viento esa mañana, con más furia, levantaba las hojas....



## CUADRO HUMILDE Y DOLOROSO

Tarde a tarde se oía su rebuzno gentil desde la última curva del camino, y un trotecito acompasado, hasta la choza, era el epílogo de la jornada de todo el día. En el patio de la casa, entre las sombras del crepúsculo, su silueta meditabunda decoraba un cuadro de humilde poesía.

El indio veía en el asno pensativo a un hermano de fatigas. Ambos llevaban los granos a la feria, ambos iban en busca del agua y de la leña en los vecinos chaparrales.

Pero he aquí que una mañana el asno sintió una extraña y trágica tentación. La puerta de carrizos estaba abierta. A sus pies el camino bañado de sol tenía el sortilegio de la más bella ilusión..... Y se fue hasta el camino; agitó la cola alegre al aire y se tendió sobre el polvo menudito que sabe de la hoesca servidumbre de todos los tragines.....

\* \* \*

Los caminos carreteros ya no conocen la paz. La ponzoña de la ciudad llega hasta ellos en forma de una máquina trepidante que todo lo arrolla en su afán loco de velocidad. Su voz conocen las gallinas y los patos reumáticos que antes poseían los caminos: sin sobresaltos ni fatigas.

¡Oh los autos de los caminos! Yo odio a los autos de los caminos, porque representan a la burguesía despiada tal como es: estrepitosa, altanera, horriblemente egoísta. El conductor de los automóviles burgueses tiene las uñas pintadas y se peña con «Stacomb» y, acaso, apenas sepa leer.

¡Los conductores de los automóviles burgueses. Tarados con la tara de los siete pecados capitales y agobiados con la carga de la más grande imbecilidad!..

\* \* \*

Como una ráfaga de fiebre alucinante sucedió la tragedia. Un rechín de fierros y de huesos, un profundo suspiro, acaso un grito, una larga columna de polvo, un olor a bencina, luego, nada.....

Apenas un montón sanguinolento y unos

ojos muy abiertos empañados por un velo amargo de tristeza.

Lloraba el indio. Mezclados con las lágrimas se iban los sollozos. Había perdido su fortuna. Ahora él sólo tendría que ir con los granos a la feria. A ellos ¿quién podría decirles nada?. Son los amos.

Entre la enramada apenas se quejaba la brisa y el cielo tenía un color añil imperturbable, odioso.....





## LA ENTRAÑA NEGRA DE LOS BLANCOS

Esa tarde garúa en el desmote, una garúa blanca, finita, helada.

Había que sembrar doscientas mulas de papas que, al cabo de algunos meses, representarían una fortuna para el patrón Alfonso, el dueño, que acababa de llegar de Europa, donde gastó mucha plata en poco tiempo. Ahora, tratado de resarcirse de esos gastos decidió sembrar casi toda la heredad. Hizo descuajar los árboles, arrancar los arbustos y los matorrales y sobre la tierra virgen los bueyes cansinos trazaban el surco para la simiente.

Inclinado sobre el arado, Matías Pillajo rumiaba sus dolores, sudando a pesar de la garúa. A su lado, el pequeño Ezequiel, con el apartador ahijaba los bueyes.

— Buey ..... ! Buey, bruto..... !

No hay tristeza en los ojos de los bueyes. Esos ojos opacos, que parece humedecer el llanto, no copian agonías, retratan una enorme ira comprimida, contienen una protesta callada, pero furibunda.

¡Esos bueyes nacieron para toros y en sus ojos se lee la tragedia de la más espantosa mutilación!

Matías Pillajo había sido la víspera protagonista del prólogo de una cuasi-tragedia. El niño Alberto, hijo del patrón Alfonso, quiso forzar a su Carmen, llamándola a la hacienda con un pretexto cualquiera. Felizmente Matías estaba allí aventando la cebada. Se resistió la larga, a sus gritos acudió el padre y el gavilán se quedó sin la paloma ..... .

¡La entraña negra, de los blancos!

Sobre el arado, Matías Pillajo meditaba. El patrón Alfonso tenía que darle la razón. Estaba obligado a defender a su hija; en su mismo caso el patrón habría hecho lo propio. Si llegaba a enojarse él le diría:

—Me voy patrón, aquí tiene su plata.

Le estaba debiendo veinte sucres, que recibió en granos. Vendería para pagarle la mula torda.

Esa tarde garúaba, una garúa blanca, finita, helada .....

\* \* \*

El patrón Alfonso llegó ciego de furor. El hijo le había contado todo.

—¡Un indio, un indio miserable, atreverse a poner las manos en mi hijo, es el colmo!

—Pero patron, si no lei pegado, sólo defendí a mi Carmen.

El látigo gritó en el rostro de Matías Pillajo.....

—No, así no, patrón...

Y apercibió el apartador en actitud defensiva.

—¡ Miserable !.....

El patrón Alfonso se había hecho justicia.

El ruido de una detonación opaca, seca y el cuerpo de Matías Pillajo cayó al pie mismo de los bueyes.

El pequeño Ezequiel abrazado del cadáver de su padre no lloraba. Sus ojos grandes, enormemente abiertos, inmóviles como los ojos de los bueyes, miraban alejarse al asesino.

Miente el que dijo que en los ojos de los bueyes se adormece una tristeza, es venganza. una tremenda venganza contenida .....

\* \* \*

Habían pasado ocho meses y nadie se acordaba del drama. El patrón tuvo la gentileza de regalar diez suces para el velorio y el cuerpo de Matías Pillajo se pudría bajo una gran capa de tierra.

El patrón Alfonso iba de caza esa tarde, atento a los ruidos de la hojarazca, todo ojos para pillar descuidado al conejo gris mordiendo la gramita húmeda, caídas las orejas filosó-

ficas, o para sorprender a la torcaza picando las pepitas del arrayán. De cuando en cuando sonaba un disparo que repetía el eco y caía aleteando una torcaza, brillantes los ojos, cual gotas de tinta china, o un conejo se debatía en el último estertor.

Tras el patrón iba el pequeño Ezequiel, el de los ojos claros e inmóviles, como los ojos de los bueyes. Llevaba la vitualla: mortadela, jamón, pan y cerveza.....

Su padre muerto, empapado en sangre, al pie mismo del arado, la garúa cayendo implacable, tenaz, la sábana de humo de la niebla, todo esto, daba vueltas en la mente afiebrada del pequeño Ezequiel y veía su vida joven tronchada en el comienzo del camino por una mano brutal.

—Trae las cosas. Vamos a descansar aquí.

—Si, patrón.

Se tendió el patrón sobre la grama, abrió el paqueté que le entregó Ezequiel y empezó a comer. Mortadela, jamón, pan y cerveza.

El pequeño Ezequiel trataba de alejar de su mente la visión macabra de la tarde trágica, pero no lo conseguía. Garúa y niebla, el tic-tac seco de la detonación, un charco de sangre que se agrandaba por momentos, su padre muerto.....

Cerca de él, no muy lejos del patrón Alfonso, la carabina cargada le hacía guiños como si le llamase.....

\* \* \*

El patrón Alfonso no volvió esa tarde. Al otro día, al buscarle por el monte, le hallaron tendido, muerto. Junto a él la carabina descargada .....

La explicación fue fácil. Quién sabe por qué causa salió el tiro del arma y lo mató. Una verdadera desgracia. El pequeño Ezequiel, su compañero de viaje, huiría asustado. Acaso esté perdido entre los tupidos matorrales.

Sólo el viejo Teodoro Caizapanta, el concierto más antiguo de la hacienda, exclamó cuando supo, con su voz cascada y vacilante, alzando las manos al cielo:

—¡La entraña negra de los blancos!

¡Taita mío bendito, vos dais la justicia!



## EL HOMBRE QUE ASESINO SU VIDA

Señorita de la ciudad, que todas las vacaciones va al pueblo desde la hacienda de aquel tío suyo, viejo y bonachón, que la mimaba por su cara bonita y su silueta gentil;

señorita de la ciudad que musicaliza el aire con sus risas sonoras y hace competencia a las flores con los colores vivos de sus vestidos transparentes,

usted me dijo una tarde:

—Quisiera saber qué ocultan los ojos azules de este gringo.....

\* \* \*

Todos los días se pasea por la plaza del pueblo con un libro abierto entre las manos. Es alto, rubio, de un rubio subido. Sus ojos azules retratan la nostalgia de hondas lejanías. Se llama Federic von Korpach y dice ser doctor en medicina.

Cierto día llegó al pueblo con un viejo maletín de cuero y un impermeable roto. En castellano casi incomprensible pidió posada y se la dieron a cambio del impermeable roto. Del maletín extrajo un microscopio derrengado, una jeringuilla amarillenta, un frasco de yodo, un paquete de algodón y curó, curó gratis al principio, hasta que su fama de doctor, cundiendo por los alrededores, trajo a sus bolsillos vacíos no pocos sures, amén de muchos regalos. Entonces se instaló mejor, en una casita con jardín. Sobre la pared blanqueada clavó, con tachuelas, una vieja cartulina escrita en letras góticas que los campesinos miraban con respeto y curiosidad.

A todos saluda con leve inclinación de cabeza. Es un hombre enigmático. Acaso en su vida se oculte una tragedia.

—Dígame, comadre Melchora, le ha visto pasar al gringo?

—Por allá no más ha de estar, comadre. Se fue para la estación por el camino del cedro.

—Mi guaga está bien mal, comadre. Quizás el gringo le salve.

—Le ha de salvar, comadre, el gringo hace milagros. Es un santo.

Por el camino de los cedros se iba el gringo. Lentamente. ¡Quién sabe qué tristezas guardan sus ojos profundamente azules!

\* \* \*

—Mire usted, me dijo un día el gringo, si supiera el alemán podría leer estos versos. Soy un romántico perdido. Quizás alguna noche de luna le cuente cómo asesiné mi propia vida.

Y esa noche era de luna. Por el sendero largo sombreado de eucaliptos íbamos los dos. Antes, en casa de él, bebimos algunas copas de licor opalino, muy oloroso.

—Beba, amigo, me había dicho. Este es un licor que sólo yo sé preparar.

El licor opalino contenía, sin duda, algún estupefaciente. Tal vez cocaína, quizás eter....

La luna dibujaba arabescos esa noche sobre las altas copas de los árboles. Nadie rondaba por las calles desiertas. El silencio se quebraba con el ladrido de canes lejanos.

—Yo tuve en Viena un amor. ¡El único amor de mi vida! Era una muchacha divina como un ensueño, fragante como una noche de primavera. Vivía para ella. Por ella consagre mis facultades todas al estudio de mi especialización. Soñaba con arrancar una hoja de laurel a la frente esquiva de la gloria para, luego, ofrendarle a ella.

Pero, ¡qué quiere usted!, ella era una de tantas.....

Se detuvo el gringo, me cortó el paso y to-

mándome del brazo, continuó con voz vacilante, empapada de lágrimas:

—Soy un asesino, ¡no me tenga usted miedo! Yo he matado. Hundí en el cuello de esa mujer mi bisturí una, dos, diez, no puedo decir fijamente cuántas veces!.....

¡Con esa mujer asesiné mi vida!

—¿Por qué hizo usted aquello?, le pregunté.

Y él:

—¡La historia de siempre! Me engañaba con un teniente de húsares .....

Ya no fue una lágrima medrosa, opaca, que trata de pasar desapercibida; fue un llanto franco, desbordante, como el llanto de un niño.

También lloraba yo bajo la luz parpadeante de las estrellas.

\* \* \*

Señorita de la ciudad, que todas las vacaciones va al pueblo desde la hacienda de aquel tío suyo, viejo y bonachón, que la mimaba por su cara bonita y su silueta gentil;

señorita de la ciudad, que musicaliza el aire con sus risas sonoras y hace competencia a las flores con los colores vivos de sus vestidos transparentes,

usted me dijo una tarde:

—Quisiera saber qué ocultan los ojos azules de este gringo.

Ya lo sabe usted, señorita de la ciudad.

## LA PROMESA DEL BESO

La última estrofa de la canción cayó sobre la noche con alarido de porcelana rota.

Sombras en el camino, sombras con tentáculos de pulpo, que acechan junto a los matorrales. Sólo se oía el grito del chugsi vigilante, agorero y cruel, grito que espeluzna como el trágico fulgor de una puñalada.

El silencio se apoderó del pueblo nuevamente. Callada la última nota de la canción, idó el postrer ladrido de los perros, el silencio tejía sobre los techos grises su manto de tela araña. El viento tosía aún, de vez en cuando, con su tos de tísico.

Era la única casa en todo el pueblo que daba señales de vida. La ventana entreabierta dejaba escapar un haz de luz como un reto a la sombra y el crepitar de la leña en el fogón semejaba una canción monocorde y banal.

Junto a la lumbre, el taita-abuelo narra la historia de terror, con esa autoridad y esa sapiencia que da a los viejos la vida.

—Mi taitico contaba que una noche así....

Y el más pequeño, con los ojos muy abiertos, se junta cada vez más al abuelo, los mozos se quedan horrizados y boquiabiertos creyendo ver surgir de un momento a otro, del fondo de las llamas, el rostro del bandido o la cabeza sangrante del ajusticiado.

Ella, la flor del pueblo, se ha puesto pensativa. Precisamente en aquellos instantes estará él viniendo por el camino tortuoso. Temprano recibió de manos del longo José Antonio el papel anunciador de la deseada cita. El cuento del abuelo huele a sangre y evoca cuchilladas. Ella, la flor del pueblo, ruega con un estremecimiento:

—Por Dios, abuelo, no converse de esas cosas que dan miedo .....

—Por qué has de tener miedo, hija, si no es más que cuento.....

Se desperezan las horas y la noche avanza. ¿Vendrá? ¿No vendrá? Y con angustia en el alma, tiritando de miedo, aguza el oído para percibir todos los ruidos del camino, mientras sus ojos contemplan sin ver las llamas azuladas que suben culebreando del fondo del fogón.

En tanto, el abuelo continúa su terrorífica historia:

—Al otro día, los primeros caminantes le encontraron tendido en medio del sendero, con los ojos abiertos como mirando al cielo.

—Por Dios, abuelo, no siga conversando de esas cosas que dan miedo.

\* \* \*

El camino era largo y la noche oscura. Latía aceleradamente el corazón de Luis Felipe, el hijo del mayordomo del «Prado», un buen muchacho que estuvo en Quito, aprendiendo la contabilidad.

De regreso, en el hogar, salía los domingos al pueblo, con corbata de seda, sombrero americano de anchas alas y un clavel en el hojal. Entonces se enamoró de María Luisa, la flor del pueblo, ojos azules, fresca de nardos, risa fragante, diez y ocho años en flor.

Se veían a la salida de la misa dominguera. Iban cogidos de la mano por el sendero de los álamos. Un día le lanzó decididamente la propuesta.

— ¿Me quieres María Luisa?

— Sí, te quiero Luis Felipe.

— Dame una prueba de tu cariño.

— ¿Cual?

— ¡Un beso!

Y con las mejillas arreboladas:

— No, eso no

Pero al cabo tuvo que prometerle. Buscaría otro día cuando nadie rondara por el sendero, acaso una noche.....

Y esa noche había llegado. Ella estaba resuelta a cumplir su promesa. Por eso, Luis Felipe quería devorar las cinco leguas que hay de la hacienda hasta el pueblo.

Era una noche negra. Nada se veía. Todo el suelo semejaba una gran mancha tenebrosa.

\* \* \*

María Luisa siente el ruido de un ala, el ala del presentimiento, mientras en el fogón agonizan las llamas.

¿Vendrá? ¿No vendrá? ¡Oh la espera larga en las noches silentes que no acaban nunca! Un ruido en las maderas de la ventana nos hace creer en un golpecito discreto galante; un rozamiento leve en la arena del camino, nos hace imaginar pasos tenues y apagados.

El abuelo que se ha quedado cabeceando de sueño, se despierta de improviso, ante la fogata que se muere y quiere continuar su relato tantas veces comenzado e interrumpido otras tantas.

—Al día siguiente, los primeros caminantes le encontraron tendido en la vía, con los ojos muy abiertos, como mirando al cielo.....

—Caray, abuelo, lo mismo y lo mismo cada rato.....

\* \* \*

En la plaza del pueblo se desarrollaba el cuadro de dolor.

El caballo había resbalado, cayendo en el barranco. El pobre Luis Felipe estaba en la chacana durmiendo el sueño eterno.

El Cura dijo meneando la cabeza:

—No puedo ni olearle, quién sabe desde qué horas esté muerto.

María Luisa lloraba en silencio, sin alardes, un llanto abundante, tembloroso.

—Vea, señor Cura, observó el Teniente Político, parece que el muerto tiene en la cara algo como la angustia de un deseo insatisfecho.

Entonces María Luisa se precipitó sobre el cadáver, diciendo con un grito desgarrante:

—Sí, el deseo del beso que venía a buscar!....

Besaba, besaba María Luisa los labios helados del pobre Luis Felipe.....



## EL PILIS

—Cacho de bruto te vais a despeñar llevando a los chivos por ese lado.

—A despeñar, ji, ji.....

—Salí di hay, animal; andate por encima, por la loma. ¡Que han de comer los chivos!

—¡Ji, ji, la luma, la luma! Pur aquí tan hay hierba, ji, ji.....

Federico Anaguano, el Pilis, era incorregible. Nadie logró sacarle de la ladera casi vertical con su manada de chivos. Tenía un odio inexplicable a la loma, donde abundaba el pasto. Igual que los chivos, saltaba entre los riscos y las peñas. Le atraía el peligro.

—Pilis, Pilis, con ese poncho roto y esa cara sucia, quién te ha de querer, Pilis.....

Entonces el tonto se ponía serio, más que serio, furioso. Enseñaba los puños cerrados y contestaba al impertinente:

—Caraju.... ..! La Rusa me quieri, ya sabís; caraju.....!

Todas las mañanas y las tardes, a la hora del crepúsculo, cruzaba el Pilis por la plaza del pueblo, rascándose los sobacos, tras la manada de chivos y riéndose ji, ji, hasta que un muchacho malévolo no le gritara:

—¡Con esa cara fiera y ese poncho roto quién te ha di querer Pilis!

Todo el pueblo se reía de las iras del Pilis.

Más de un muchacho tuvo que emprender rápida carrera entre la lluvia de piedras que, no contento con su actitud desafiante, le arrojara el Pilis.

\* \* \*

La Rosa le tenía al tonto compasión ¿Querle? Nunca. Ni era dable siquiera suponer. El Pilis era un infeliz. Hijo de la Juana y del Clemente Anaguano, peones de la hacienda del señor Ramón, le ocupan en la tarea de pastar los chivos desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde. Iba con el poncho y el calzón roto en varias partes; por el sombrero, roto también, le salía un mechón de pelos negros e hirsutos. Era un tonto inofensivo, inofensivo si no le hablaban de que nadie podía quererle, que sabía reír y rascarse los sobacos, por lo que le apodaban «el Pilis».

—Qué le llevais a la Rosa, Pilis?

—Ji, ji. huivus de túrtula.

—Mejor andá dejándome a mí....

—Esu quisieras, ladrún .....

Y el Pilis se perdía entre las sombras apostadas en el camino, mientras reía todo el vecindario.

\* \* \*

La Rosa le tenía al tonto compasión. Sabía que sufría ante la sola idea de que nadie podía quererle y bordaba en la vida sencilla y simple de Federico Anaguano, la flor de una piadosa mentira. ¡Qué importaba aquello! Federico Anaguano, el Pilis, era feliz y, todas las tardes, élla recibía la exteriorización de esa felicidad, regalos ingenuos: huevos de los nidos, moras, manzana silvestres.

En cierta ocasión le dijo la Rosa:

—¿Pilis, por qué saltáis así de peña en peña? Podís matarte.

Y el Pilis le contestó:

—Ji, ji, porque, quiriendo vus ca nu ide cair nunca. Cuando nu querrais, entuncis ca ide cair .....

—No digais adefesios, Pilis .....

—Lus chivus cuando istán contentus saltan y nu se cayen, ji, ji .....

\* \* \*

La Rosa se casó una mañana, a las cuatro. Iba linda la chola con el centro de balletilla aurora y el pañolón bordado.

La fiesta duró tres días. Se bebió y se bailó hasta el cansancio. Al anochecer del último día, el ciego Pedro, el arpero, se quedó, por fin, dormido, las manos apoyadas en las cuerdas del instrumento sobre el que parecía flotar, afónica, la postrera nota del último sanjuán.

Con la luz de la mañana que se casó la Rosa, se evaporó la única ilusión de Federico Anaguano, el pastor de chivos, apodado el Pilis.

A la husma estuvo él, mirando con sus ojos de idiota el cortejo nupcial. Para la Rosa tuvo un gesto de angustia, para el novio otro de rabia impotente.

Tres días se negó tercamente a pastar los chivos, permaneciendo no lejos de la casa de la fiesta entre los matorrales, con los ojos implorantes y húmedos. Sólo al cuarto reanudó su trabajo.

—¡Con esa cara de fiera y ese poncho roto, quién te ha de querer, Pilis.....!

La burla canalla quedaba comprobada; ¡Nadie podía quererle!

Los vecinos asombrados pudieron ver que el Pilis lloraba por primera vez ....

\* \* \*

—Te vais a despeñar, animal. Que te ha dado para sólo ponerte en el filo de la peña....

—Ujalá dispeñara, ji, ji.....

—Los chivos andan por donde quiera; no te ocupais de nada, ayer no mas murieron los dos guaguas de la chiva negra. Voy a tener que mandarte sacando. Todo el día te pásais con tu cara de lelo viendo al cielo .....

—Qui mi mandí sacandu tan, qui mi impurta.....

—Veanle al mudo bestia enamorado de la Rosa ..... Animal....!

Ante los reproches del mayordomo, el Pili humildemente bajó la cabeza y sin hacer ninguna observación, se fue por el camino del aguacate conteniendo los sollozcs.

\* \* \*

Al otro día, cuando las campanas de la parroquia dieron el último repique para la distribución, los chivos, desparramados, con las cabezas bajas, pasaron por la plaza. Los guambas esperaban a Federico Anaguano para recibirlo con los consabidos gritos:

—¡Con esa cara fiera y ese poncho roto  
quién te ha de querer Pilis!

¡Cómo creían reír los muchachos!  
Pero el Pilis no pasó esa tarde.

El primer rayo de sol le encontró destrozado entre las peñas.

Todavía por los ojos de la Rosa, yo he visto que vaga la tenue sombra de un remordimiento.....

## EL CASO DE MARIA NIEVES

Alta, los senos apretados, la boca como una herida leve, delgado el talle, los ojos negros y grandes, tal era María Nieves, la hija del señor Simón Rodríguez, el del «Puente Largo».

Todos los mocitos del pueblo, endomingados, le miraban pasar a la misa de doce, y el alma se les iba tras ella, en una exhalación dolorosa e inútil.

Todos la quisieron para novia, todos pusieron a sus plantas el corazón henchido de amor y de deseo, pero la suerte fue para el Gerardo Díaz, muchacho bueno, trabajador y amable.

Todavía nadie cree en la dura realidad, todavía las comadres se restregan los ojos asombrados y los vecinos serios se pasan la mano por la frente tratando de ahuyentar el fantasma de un sueño.

Pero la realidad aunque dolorosa es esa. María Nieves ha tenido un hijo, un hijo que

no es siquiera de Gerardo Díaz, el novio oficial.

El señor Simón Rodríguez está ebrio en el estanco de la esquina, desde hace muchos días. Su pena es enorme y trata de ahogarla en alcohol.

Los vecinos le miran con piedad y lástima:

—¡Pobre señor Simón!

\* \* \*

Por el callejón de los pencos llegó el Gerardo Díaz, caballero en «La Mariposa», linda yegua que compró en trescientos sucres. En la puerta de la casa le esperaba la María Nieves.

—Mañana me voy, María Nieves a buscar la plata para poder casarnos y tenerte bien.

—Que pena tengo, Gerardo, de que te pase algo.

—Que me ha de pasar. Sólo voy con la pena de dejarte, pero el negocio es bueno. Tengo que cortar dos mil árboles para leña del ferrocarril y eso me ha de dejar alguna platita. Compraremos la casa del Daniel Pullas

que te gusta, con el jardincito y el ojito de agua. Verás, que felices vamos a ser.

—No me has de olvidar nunca mi María Nieves?

—Nunca, Gerardo de mi alma.

Y un beso estalló en la paz armoniosa del callejón tapizado de hojas amarillas.

«La Mariposa», en tanto, arrancaba las puntitas de los tallos tiernos.

\* \* \*

El Gobierno le mandó un día. Vino de avaluador de predios rústicos. ¡Ojalá no se hubiera asomado nunca!

El diablo de hombre era guapo, se gastaba maneras gentiles y seductoras. La María Nieves cayó en esas redes.

Una noche le dolió mucho el estómago a la María Nieves, sus quejidos despertaron a doña Bárbara, la madre. Se le preparó agua de man-

zanilla y como el dolor no cediera, hubo que recurrir a las fricciones con sebo.

Al descubrir la parte dolorida, doña Bárbara dió un grito y por poco no soltó la esperma de las manos.

¡Qué inflado tenía el vientre la María Nieves!....

A las tres de la mañana un gemido anunció que el mundo tenía un habitante más.

La noticia corrió por el pueblo, con la rapidez con que se inflama un reguero de pólvora.

—No sabe? La María Nieves parió anoche un hijo.

—Pero si hace tiempos que el Gerardo se fue.

—Pues para que vea.

—¡Dios me libre!

No faltó quien, enseguida, comunicara al Gerardo la noticia. En el correo inmediato, María Nieves recibió una carta del Gerardo.

—Mamita, vea mamita, decía llorando la María Nieves.

Doña Bárbara pudo leer, sosteniendo a duras penas la carta entre las manos temblorosas:

«.....Mucho he sufrido, pero ya pasó. Esos chullas de la ciudad son así. Los bienes que nos hace el Gobierno, nos cobra el impuesto y nos manda a éstos! Te perdono, María Nieves, por el grande amor que te tengo. Dios nos ha dado un hijo antes de casarnos.....»

\* \* \*

Y así terminó el sacristán que me contaba esta historia:

--Vea, señor, como todavía hay..... zopencos. ....



## SEÑOR, NO SE VAYA TODAVIA;

quiero que, aún, me acompañe por los campos y los pueblos de mi sierra ecuatoriana, donde vive el sol, la música y la más pura poesía;

peregrino que busca la belleza de las cosas humildes y que me ha acompañado a recorrer las páginas de estos cuentos que he sabido mal contar, no se vaya todavía.....

\* \* \*

¡Campos de la sierra salpicados de flores. Montes coronados de nieve que parecen limitar con el azul maravilloso de un cielo constantemente despejado. Pueblos perdidos, muchas veces, entre los riscos, por donde cruza un río sonoro y pujante o un hilito de agua cristalina!

¡Campos de la sierra donde el indio humilde y tímido está siempre dispuesto a servirnos, donde el chagra nos brinda su hospitalidad generosa y franca, que los hombres de la ciudad casi siempre no sabemos pagar!

¡Luz en los amaneceres, luz en los crepúsculos vespertinos. El rondador que vierte sobre esa paz de égloga todo la queja amarga de una raza doliente que vegeta abrumada por todos los abusos y que, sin embargo, posee el don misterioso de sentirse feliz!

¡Paz de los campos de la sierra ecuatoriana donden anidan los cóndores, donde la vida pasa como un remanso tranquilo. Nada hay para el espíritu atormentado por el trágico del siglo, como esta paz dulce, diáfana y molodiosa!

¡Yo he pensado que debe ser muy bello morir en un ambiente así, una tarde cualquiera, entre canciones moduladas por la brisa, entre perfumes de flor, entre la loca algarabía de los pájaros canoros!

## GUAPULO

Al pronunciar su nombre úno se llena de aromas de incienso y de beatitud.

Para el alma cansada y anhelante de belleza, Guápulo tiene la policromía de sus jardines, el murmullo de sus fuentes escondidas y el interés de sus viejas leyendas.

Para el alma cansada y ansiosa de belleza, en su templo canta el arte el poema de piedra. Palpitan Miguel de Santiago y Gorivar en los lienzos de los muros y el milagroso buril del indio Caspicara nos deslumbra en las antiguas esculturas.

¡Quietud como ninguna! Para el alma dolida y triste, Guápulo tiene aromas de incienso y plegarias saturadas de fe ....

## TABACUNDO

Calles largas, muy largas. En todos los corredores las manos tejen blancos sombreros de toquilla y la risa de las muchachas tiene hondas sonoridades, mientras el viejo Cayambe, al tratar de llegar al cielo, se ha quedado cansado, atisbando el valle profundo, desde la mitad del camino.

En ningún parque he visto tantas flores, como en el parque de este pueblo amable, flo-

res que arrancan las manos de las mujeres sólo para el altar de la Virgen:

¡Es muy bello leer un libro, sentado en las bancas de piedra de Tabacundo, donadas por un hombre que se hizo rico con los sombreros de toquilla!

¡Samuel Castro, qué espléndido donativo el suyo! ¿Acaso soñaba usted su ensueño de riqueza en este parque que derrocha las flores?

## OTAVALO

A Otavalo le bastaba la laguna de San Pablo para obtener la primacía en un concurso de tierras hermosas. Pero no se contentó con sólo eso e insaciable, atrajo a su regazo la raza de los mejores indios, el cielo más azul, los más poéticos atardeceres.

¡Otavalo de los casimires, de las bufandas y de los ponchos multicolores, dormida en una quiebra de la cordillera, deslumbras al viajero con tus paisajes de maravilla!

## BAÑOS

Peregrino cansado, no de fin a su jornada sin conocer a Baños. Bien vale la pena una fatiga más.

El camino lame la ladera de rocas brillantes y multicolores. En el fondo, entre vegas de esmeralda, entre viñedos magníficos y entre pavorosos barrancos, ruje el Pastaza mordiendo su propia impotencia. En cada curva del camino aguarda una nueva sensación y los ojos se cansan de aprisionar tanta hermosura.

La cascada de Agoyán salta en copos de algodón entre las piedras, mientras bajo el ramaje del árbol milenario vaga la sombra de don Juan Montalvo.

Peregrino cansado, no dé fin a su jornada sin ir antes a Baños. Bien vale la pena una fatiga más.

## ALOAG

Tierra de los mortifios dulces, de la paja, del frailejón, donde el conejo nos mira con ojos

asombrados y salta la perdiz de nuestros mismos pies.

Tierra cobijada de niebla, donde siempre tiene el ambiente ruido de alas y música de vientos.

En las altas lomas doradas por el trigo de las eras, al grito de los campesinos; Ventura, don Ventura!, se ve venir al viento agitando el rastrojo y tosiendo como un viejo.

\* \* \*

¡Guayllabamba, Sangolquí, Conocoto, Nono, Izamba, Puenbo, Yaruquí, campos de la sierra salpicados de flores, pueblos perdidos entre los riscos, por donde cruza muchas veces un río sonoro y pujante o un hilito de agua cristalina!

ESTE LIBRO ESCRIBIÓ ENRIQUE  
DÁVILA JIJÓN Y FUE EDITADO POR «EDICIONES  
BREVES», EN SAN FRANCISCO DE  
QUITO, A DIEZ Y OCHO DIAS  
DEL MES DE JUNIO  
DE  
MCMXXXIII





**Editorial**

**E B A N**

**publicará inmediatamente**

# **Minuto Muerto**

**(Poemas)**

**DE**

**Gerardo Chiriboga**

---



**cincuenta**

**centavos**

**ejemplar**

**Editorial**

**E B A N**

---

# Glosario de Amiel

POR

Juan Pablo Muñoz Sáenz

---

Estudio crítico que obtuvo el primer premio en el concurso de Literatura promovido por la Revista «Tierra Nativa» de Bucaramanga (Colombia),

Publicará

Editorial

E B A N

Tomo de más de 100 páginas: S/ 0,50

---

